“Noche de tormenta

Me gusta la oscuridad de la noche y olor a tierra mojada y
me gusta el canto de los grillos. La noche tiene un misterio
especial cuando los grillos cantan y el silencio es profundo.

Con los últimos rayos de luz, sobre las rocas de la cresta, veo la figura de las cabras monteses. Se recortan contra el azul del cielo ya un poco en penumbra y llenan de belleza la montaña. Sentado en la piedra por donde mana el agua de la fuente las miro sin pestañear y siento la tarde resbalar sobre ellas. También sobre las carnes de mi cuerpo, la hierba de la pradera, la espesura del bosque y la hondura del silencio. Me arropa la sombra de la noche. Todavía con alguna luz preparo mi saco, me meto dentro, pongo mi cabeza sobre la almohada de ramas verdes que he preparado y, frente al infinito, me tumbo. Siento que la noche va a ser hermosa. Se me llena el corazón por el placer que regala tanto el fresco viento que corre como la hierba, las nubes revoloteando por el cielo, el agua de la fuente y el burro libre en el prado. Ya somos amigos y solo llevamos unas horas juntos. Y esta noche, la primera que vamos a compartir, fíjate cómo va a ser: en el centro de la pradera donde mana la fuente, entre los pinos de la montaña y frente a cielo sin barreras ni sombra. Sobre una cama de hierba y tierra que me regala la montaña y con la caricia del viento.

Cruje un trueno. No temo pero sigo creyendo que de un momento a otro la lluvia puede caer. Brilla un nuevo relámpago y crepita otro trueno. Sopla el viento y caen algunas gotas. Espero metido en mi saco. Me digo que si la lluvia arrecia buscaré la covacha pero si son cuatro gotas, como algunas veces pasa con las tormentas de verano, las recibiré sin moverme. Me gusta sentir la lluvia resbalando por la cara, los brazos y el cuerpo. Quizá luego refresque tanto que hasta tenga frío pero tampoco me importa. Un nuevo relámpago y a continuación el ronco fragor. Retumba por las cumbres y barrancos de la sierra y, aunque asusta un poco, no tengo miedo. Llueve con más fuerza y sigue arreciendo el viento. Las gotas de lluvia, al caer en el agua del pilar, producen un sonido placentero. Me gusta y recuerdo los momentos en los que también dormía al aire libre y frente al cielo en las sierras perdidas.

Refresca bastante pero no siento frío. La hierba y la tierra se han mojado y ahora huele a sano, a recuerdos, a besos. El olor a tierra recién mojada que tanto me gusta. Saco mis manos fuera de la tela que me envuelve y estiro mis brazos. Con mis dedos toco la hierba y noto la humedad de la lluvia mojando mis carnes. Es una sensación placentera. Me gusta tocar las gotas de lluvia sobre los tallos de la verde hierba. Y si es en una noche como esta, junto a una fuente cristalina, una pradera sobre las cumbres y la tormenta saltando por entre la oscuridad del universo, la sensación es divina. Rezo y te recuerdo. Te regalo también la dulce paz que a mí me regala el cielo y no sé degustar plenamente. Me gusta sentir el viento de la tormenta rozando mi cara. Me gusta que la lluvia me moje y corra por la piel de mi cuerpo. Me gusta que me envuelva la oscuridad de la noche y que huela a tierra mojada. Es todo tan puro, tan sencillo, tan bello, tan fino que me siento inmortal y único en la inmensidad del universo. Te lo regalo aunque no lo puedas gustar.

Al brillar un nuevo relámpago veo la silueta de la montaña que tengo enfrente. Estalla el trueno con menos fuerza que los anteriores. También el viento se calma. Las gotas caen pero más espaciadas y menos gruesas. Quizá sea una tormenta de verano y se desinfle en poco tiempo. No veo al burro pero lo presiento comiendo hierba en la pradera. Lo he dejado suelto. Sin jáquima, sin aparejos, sin cabestro. Que se sienta libre para que así se pueda mover por donde quiera y como quiera. Me irá conociendo y descubrirá que nunca le voy a obligar. Este ha sido mi lema siempre: respetar. Respetar y dejar que cada ser vivo sobre el Planeta Tierra tenga su libertad. Respetar por encima de todo para que cada uno tenga su libertad, su dignidad, su espacio y su mundo y sus sueños. Así que desde ahora este animal que ya es mi amigo, es respetado por mí, amado con el corazón y dejado en su libertad para que sea él según lo que lleve en su corazón. Nadie tiene derecho a domesticar a nadie. Y ahora mismo este amigo lo presiento pastando por la pradera y me pregunto si le estará asustando la tormenta. Mañana al llegar el día lo comprobaré. Ahora sigo embebido en la tormenta y en los cantos de algunos grillos que saludan a la noche y al fresco de la lluvia. Me gusta oír el canto de los grillos acariciando el silencio de las noches de verano. A estos que ahora tengo por aquí ni siquiera la lluvia de la tormenta les desanima. La noche tiene un misterio especial cuando los grillos cantan y el silencio es profundo. El canto de los grillos es digno de armonizar los salones del cielo. Se calma el viento. Sigue oliendo a tierra mojada y ahora mezclado con el olor de la hierba y el de la resina de los pinos.

Siento frío pero no me iré de la cama que tengo sobre la pradera. Me gusta dormir en la pradera frente a las nubes de una tormenta de verano y también frente a las estrellas. Quizá esta noche no vea las estrellas y esto me apena pero lo de la tormenta, la lluvia y el viento, es tan importante o más como el firmamento lleno de estrellas. Oigo el canto de un cárabo, el del autillo y también el de algún mochuelo. Los mochuelos viven en los agujeros de las rocas y por las noches cazan porque son rapaces nocturnas. De vez en cuando cantan y me gusta oírlos. El canto de un mochuelo, el del cárabo o el del autillo llenan a la noche de un hechizo especial. Quizá en esta noche más que otras. Me gusta oírlos y también el croar de las ranas. En las transparentes aguas del pilar de cemento hay ranas. También renacuajos pero sobre

todo ranas. Cuando la noche extiende su oscuridad a las ranas les gusta cantar. Su canto es monótono y roncón pero ¿qué sería el mundo sin el canto de las ranas en las noches del verano? Esto no lo saben muchas personas de la ciudad ni tampoco los profesores ni los estudiantes pero el canto de una rana en las noches del verano es tan importante o más que todas las ciencias y bibliotecas del mundo. Y lo digo también para los que pusieron su granito de arena en mi entierro. Se creen importantes, inteligentes, fuertes, grandes y salvadores de no sé qué pero no aprecian ni el canto de una rana en la noches del verano ni tampoco el de los grillos, el del cárabo, el de del mochuelo o el de los murciélagos.

Ha dejado de llover. También de tronar y el viento se calma. Las nubes que cubren, aunque no puedo verlas en la oscuridad de la noche, creo que se van abriendo porque, a veces, distingo el brillo de una estrella. Ni siquiera sé qué hora es ni tampoco me importa. Me gusta olvidarme del reloj cuando estoy ocupado con las cosas de la naturaleza lejos de las ciudades. Hace mucho en una ocasión te hablé de esto pero creo que ni supe expresar con claridad lo que pretendía ni tú tampoco te enteraste. Pero todo lo que me marca el tiempo y me obliga a ser puntual no me gusta. Creo que para lo único que sirve es para producir como máquinas y los humanos somos algo más. El cielo se despeja porque puedo ver las estrellas. Brillan limpias y parpadean. También te hablé en una ocasión de las estrellas que en el cielo brillan. Aunque tu mundo es el universo de las estrellas, las tormentas, los ríos, los prados con hierba y las montañas vestidas de nieve no sé hasta dónde perteneces a este firmamento. Pero la fascinación que sentí y siento en parte se debe a que por tus venas corren esencias de noches estrelladas y fuentes cristalinas. ¿Te dije alguna vez que en el hondísimo firmamento tengo una estrella que me pertenece? Es una estrella con mi nombre propio y donde están los sueños de mi corazón. ¿Te hablé alguna vez de esta estrella mía?